

## RECORDANDO A VIRGILIO GARSABALL

por

*Celso Diego Somoano*

Virgilio Garsaball Rodríguez, poeta muerto en plena juventud había nacido en Oviedo el 29 de octubre de 1946. Su infancia y adolescencia se desarrollan en nuestras tierras: Covadonga, Cangas de Onís, Arriondas. En Cangas asiste a las clases de la hermana Cecilia, en el Colegio de las Siervas de Santa María de Anglet, primero, y luego a las del Grupo Escolar «Vázquez de Mella». Lo recuerdo en el curso 1954-55, con los hermanos Bros, Miguel Ángel, Bernardo, Luis Enrique Garro, Antonio Alonso González, Paco Martínez San Martín, José María García, Luis Meré, Miguel Ángel Gutiérrez Palacios y tantos otros, como un niño sensible, arrubiado y pulcro, amigo de la lectura y muchas veces ensimismado y pensativo. Antes de cumplir los 10 años ingresa en el Instituto con la calificación de notable. Era el 29 de septiembre de 1956. En el Instituto permanece desde esta fecha hasta el curso 1959-60, curso que no finaliza.

Ya en esta etapa Virgilio era poeta, porque creo que había ya nacido con los dones que la poesía requiere. En la presentación de su *Universo Interior* publicado en Oviedo en 1967, el profesor y maestro Emilio Alarcos Llorach dice: *Estoy seguro de que en Virgilio tenemos madera de poeta... Su poesía es melancólica y triste, aunque el poeta vive en otros momentos plenamente feliz, tan plenamente feliz que —reconoce— se siente todo él poesía y no requiere verse en los versos...*

Conocemos, además de lo publicado en su *Universo Interior*, estos poemas, gracias a la gentileza de su hermana Marisa: *Agrupados en Abecedario, Poeta en Covadonga, Del Sueño, del Amor, de la Esperanza...* forman un conjunto, en el que el alma del poeta se abre a los demás para que con ellos vibre el corazón de nostalgia, dolor o gozo. De entre todos elijo hoy, como homenaje y recuerdo a Virgilio, el que tituló *Luces*:

*...A la mitad del camino  
clavé los pies en el suelo.  
Y mudo quedé un instante.  
Sin ideas el cerebro  
Allí...  
Arriba...  
Covadonga...  
¡Dios que extraño nacimiento!  
Con su templo iluminado  
vagando en nube de incienso.  
La arboleda reflejaba  
la verde luz de su anhelo  
recostándose, imprevista...  
para estallar junto al cielo.  
Quise correr.*

*Y abrazarlo.  
Y gritarle:  
—¡Ven, te quiero!  
mas lo que el corazón pedía  
las piernas no lo entendieron.  
Y allí quedé.  
Callado.  
Estático, en silencio.  
Cuando se fueron las luces  
llevaron mis pensamientos.  
Y yo me quedé callado.  
Y mis labios se entreabrieron  
para beber una lágrima  
que iba rodando en silencio.*

Fuente: Artículo publicado en el *Boletín de las fiestas de San Antonio*, Cangas de Onís, Sofesa, 1988.